

MEMORIAS MILITARES DE SARMIENTO

"[...] El biógrafo del General Don Nicolás Vega, narrando sus campañas, para justificar sus títulos, dice:

"Dos días después fue atacada la fuerza del General Vega por una división mendocina destacada desde la ciudad de San Juan, al mando del Comandante D. Casimiro Recuero (antes de Granaderos a Caballo). El General Vega principió sus operaciones marchando con su división hacia las alturas de Niquivil, punto ventajoso en que se había acampado el enemigo a una legua de Jachal para encontrarlo y batirlo, lo que efectuó tomando la ofensiva y cargando al enemigo hasta derrotarlo completamente, persiguiéndolo más de cuatro leguas.

En esta brillante jornada se distinguieron entre otros jefes, el coronel D. Domingo Reaño (antes del Once de los Andes) y D. Domingo Sarmiento que era uno de los ayudantes de Campo del General Vega, el cual atravesó los fuegos del enemigo para llevar la orden del General al Comandante de Escuadrón D. Julián Castro de que \square anqueara al enemigo por su derecha, cuyo movimiento, efectuado con precisión, ocasionó su completa derrota." (Biografía del señor General D. Nicolás Vega, General de los Ejércitos Nacionales, escrita en 1864, con presencia de sus Memorias, pág 14, tercera edición, Buenos Aires, imprenta de "La Unión Argentina").

Si alguna duda dejará esta primera anotación histórica para reconstruir una foja de servicios, confirmaría su autenticidad un documento público que en su época adquirió grande notoriedad, por cuanto sirvió de base a reclamaciones diplomáticas entre el Gobierno de Rosas y el de Chile en 1849. El reclamo procedía de suponerse probada la violación de las leyes de la neutralidad, con los propósitos que revelaba el General Ramírez en la siguiente carta:

"Exmo. Señor D. Juan Manuel de Rosas:

Me honro de elevar a V. E. la adjunta carta del loco, fanático, unitario Domingo Sarmiento, sin duda con su malévola intención, y que creyéndome en desgracia, y que por ella fuese yo capaz de manchar mi foja de servicios siguiendo sus alucinados planes contra nuestra independencia y santa causa federal.

A este judío unitario en la revolución salvaje que estalló en Mendoza en el Pilar (1829) lo tomé prisionero, salvándole la vida a él y a otros sin conocerlos, y por un acto de generosidad lo conduje a mi casa, y le noticié de ello al General D. Benito Villafañe, quien lo hizo trasladar a la suya, diciendo que tenía encargo de su familia para protegerlo.—JOSÉ SANTOS RAMÍREZ" (Tomada de los documentos presentados al Congreso por el Gobierno de Chile dando cuenta de la misión de D. Baldomero García, 1849).

Decidme ahora, o joven Juez de viejas reputaciones, ¿habíais nacido siquiera en 1829? ¿Sabéis lo que fue

La batalla del Pilar? un reguero de sangre.

¿Conocíais el origen del apodo de loco, con que habéis escarnecido, martirizado a un hombre público, acaso dudando del acierto de sus observaciones hijas de grande estudio y experiencia, atribuyéndolas a un espíritu desordenado? ¡Éraís el eco de un pobre diablo y de Rosas!

Pero estos dos testimonios traen ya indicios que habrán de servir más tarde para explicar ciertos hechos, o determinar el rumbo que ya trazan al protagonista.

En 1829 cuenta apenas diez y ocho años, y basta mirar a cualquiera que hoy los tenga, para cerciorarse de que a esa edad, el joven Sarmiento es el edecán elegido por el General en Jefe D. Nicolás Vega al mando de las fuerzas de San Juan en Niquivil, para dar órdenes de combate, contra las fuerzas de los Aldao de Mendoza; y de que dos meses después, disipado aquel ejército, es tomado prisionero en la batalla del Pilar de Mendoza en que triunfan los Aldao de nitivamente y en la que mueren sus compañeros sanjuaninos, nombrados como él ad honorem edecanes del General en Jefe D. Rudecindo Alvarado, y por accidente muere también el Presidente del Congreso que declaró la Independencia de las Provincias Unidas, mientras que el casi imberbe ayudante de tres generales, en dos campañas y provincias distintas, es el único en cuya vida se interesa el general enemigo, D. Benito Villafañe, que concurrió con fuerzas de Facundo Quiroga a la derrota que experimentaron en el Pilar, y por donde tuvo el adolescente oficial la satisfacción de combatir, aunque vencido, contra las bandas de Facundo Quiroga, como sucumbió a la embriaguez del Fraile Aldao, dos circunstancias que le inspiraron sus mejores obras literarias.

Todo esto y más contienen los dos documentos citados. De la narración circunstanciada que a esta introducción sigue, resulta que el joven ayudante Sarmiento fue en Mendoza puesto con otras tres personas muy consideradas, al servicio inmediato del General D. Rudecindo Alvarado, Gobernador de Mendoza y General en Jefe del ejército sublevado contra los tres hermanos Aldao, que después de la derrota de la Tablada, experimentada en Córdoba por Juan Facundo Quiroga y el Fraile Aldao, quería estorbarles que volvieresen a reorganizar fuerzas (como en efecto lo hicieron) para restablecer la situación perdida; ya que el partido liberal en Mendoza y San Juan, quería por el contrario secundar las victorias alcanzadas por el ejército del General Paz en favor de la reconstrucción de la Nación.

Su situación al lado del General Alvarado, debida acaso al favor de la opinión que lo había elevado a ese puesto, le proporciona ventajas envidiables de educación militar. De las oficinas del Estado Mayor parten las órdenes que llevan los edecanes, recibíendose allí los chasques de la campaña, los avisos de las fuerzas avanzadas sobre el múltiple enemigo, pues lo formaban el Fraile Aldao, formidable aún con sus veteranos de auxiliares salvados de la Tablada, D. José con cuatrocientos hombres, y al don Villafañe con seiscientos venidos desde San Juan y la Rioja. Pero lo que más le interesa y apasiona es

el eterno debate entre el comandante de las fuerzas sublevadas, General D. Agustín Moyano, a quien le va la vida en la demanda, con el Gobernador, militar de la Independencia, emático e imperturbable en medio de los contrastes y desencantos que originan su política de contemporalización, y lo que es peor de inacción ante jefes militares tan experimentados y unidos como los tres hermanos Aldao. Todos los días se renueva el mismo debate, trayendo Moyano nuevos hechos deplorables en apoyo de su empeño de obrar activamente, para oír nuevos argumentos del general veterano, acostumbrado a habérselas con enemigos más fuertes, para esperar el resultado de ciertas combinaciones.... Moyano murió fusilado, y Alvarado pudo escribir en Montevideo la "Justificación de la conducta militar del General de la República Argentina D. Rudecindo Alvarado en el período de su mando en la Provincia de Mendoza. 1831.

Cuando el autor de la biografía del Fraile Aldao describiendo los horrores de que escapó en el Pilar, llamó imbécil la política seguida, el General reclamó de esta dura calificación; pero se le contestó con D. Felix Frías, que ese señor Sarmiento de cuyo juicio apelaba en 1843, era el jovencito edecán que tenía a su lado en 1829, y por tanto testigo de los sucesos.

Hay ya en estos comienzos motivos de creer que si el imberbe oficial sigue la carrera de las armas, lo hará con ventaja en el Estado Mayor, posición en que se requieren muchas de las dotes de que ya da indicios; y en efecto habremos de encontrarlo mientras depende de otros jefes, oficial superior de Estado Mayor en el Ejército Grande, Jefe del Estado Mayor del Ejército de reserva en Buenos Aires, Auditor de Guerra en el Ejército expedicionario con el General Paunero, etc. etc.

Llámanse entre nosotros Estado Mayor a la reunión de jefes y oficiales sin colocación que rodean al General y de ordinario sirven más para confundir el servicio que para activarlo. El Estado Mayor de un ejército es, puede decirse, el alma de ese ejército o el corazón que renueva la sangre y la distribuye por todo el cuerpo. "El ejército prusiano", dice el general norteamericano Hasen, "tiene otro importantísimo departamento, y es el Estado Mayor. A su cabeza está el General Moltke, y en torno suyo se reúne la inteligencia del ejército, que lo guía y vigila.

Los oficiales de Estado Mayor son puramente militares. Reúnen datos militares, del interior y del exterior, levantan mapas militares, guardan los archivos, pasan a ser jefes de estado mayor de divisiones, cuerpos" y ejércitos, y están generalmente preparados para el mando en jefe." (The school and the Army in Germany and France, pág. 181).

Nuestros caudillos de jinetes tenían por Estado Mayor un cuerpo de baquianos que traían escrito en sus recuerdos cada accidente de las Pampas, el vado de los ríos y arroyos, el portezuelo o cuchilla de las montañas o los senderos que cruzan los bosques donde los hay. El Ejército Grande traía además en su Estado Mayor un jefe que abría diariamente el único mapa de la parte del país que atravesaban al rumbo, y corregía no sin provecho a veces el itinerario indicado por el baquiano.

Hacíanse estados, tomábanse distancias, y de vez en cuando, de aquella tienda habitada por el único jefe

que llevaba uniforme y montaba en silla, salía a excitar el entusiasmo del ejército en marcha, el boletín de las victorias alcanzadas.

El último de todos fue el parte de la memorable y gigantesca batalla de Caseros, escrito por gala en el escritorio y con la pluma misma de Juan Manuel de Rosas.

Era el redactor de aquel documento histórico, decididamente un experimentado Jefe de Estado Mayor, que como lo observaba de los prusianos el General Haz en citado, venía preparado por sus estudios a pasar desde el Estado Mayor al mando de divisiones o del ejército mismo. Tan poco preparados vienen para estas funciones nuestros jefes y oficiales de aquella repartición, que al autor de los boletines del ejército, acabaron por llamarle el boletínero, único honor, salario y recompensa que obtuvieron muy buenos y leales servicios hechos con sus caballos y sus armas propias, como era de los hidalgos que poblaron y conquistaron la América [...]"

Sarmiento, Domingo Faustino. Introducción a las memorias militares y foja de servicios. Buenos Aires, Imprenta Europea, 1884, p. 6 a 9.